

HERMANAS
GREEMWOOD



LA

TIERRA
DE LOS
DORADOS



Hermanas Greenwood



La tierra de los Dorados

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Hermanas Greenwood, 2024
Autoras representadas por EDITABUNDO, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: © ArtEalasaid

Primera edición: junio de 2024
Depósito legal: B. 8.726-2024
ISBN: 978-84-08-28907-4
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España





Me mezclo con el resto de los primogénitos y, tras un golpe de tambor, la marcha silenciosa se reanuda. Seguimos calle arriba sin decir una sola palabra. Solo podemos escuchar, de vez en cuando, al pararnos en la linde de la puerta de otra casa, los sollozos de alguna madre al entregar a su hijo, o de algún padre al retener a su hija más tiempo del debido.

Yo prefiero no ser testigo del dolor de otros, suficiente tengo con el mío; así que, cada vez que ocurre, desvío ligeramente mi mirada para centrarme en cualquier otra cosa.

A mi alrededor veo primogénitos ataviados con diferentes telas blancas, algunas más roídas que otras. Los que llevan vestidos y trajes que parecen más harapos que vestimentas proceden de Shuross, el nivel más bajo del reino, los suburbios. Además de los agujeros y los remiendos en las costuras, también los delatan sus caras de asombro ante cada casa en que nos paramos. Aunque no es mucho el lujo que nos rodea aquí en Crusea, en el nivel medio, para ellos debe de ser un derroche y un alarde de ostentación.

Es sabido que muchos en Shuross ni siquiera tienen agua corriente en sus casas, y yo casi puedo oler que entre quienes me acompañan hay alguno que lleva tiempo sin bañarse.

Nosotros tenemos que racionar el agua, sí; hay días en los que no podemos contar con ella, pero tenemos la suficiente.

Solo Averly, mi mejor amiga desde que mi memoria alcanza a recordar, a quien acabamos de recoger de su casa, es

capaz de sacarme de mis pensamientos paralelos y traerme de vuelta a lo que está ocurriendo.

Se adentra en la muchedumbre hasta llegar a mí y me aprieta la mano. Tiembla tanto como yo.

Supongo que eso es bueno, pienso, pues Averly es una de las mujeres más valientes que he conocido nunca.

Sus movimientos en los entrenamientos físicos conjuntos han sido siempre los más certeros, y en las lecciones de Hasnet, nuestra tutora, la cual compartíamos con algunos primogénitos más de Crusea, mostraba unos conocimientos dignos de envidia. Si ella tiembla, a mí me está permitido hacerlo también.

Nuestras manos se aferran tan fuertemente como cuando teníamos seis años y, en nuestras primeras lecciones de combate, apretábamos nuestros dedos con la esperanza de que Hasnet nos asignara realizar la tarea juntas. Ella, ya fuera porque parecíamos formar un buen equipo o por pena, casi siempre nos permitía el capricho de juntarnos.

—¡Relájate! Aquí no hay ningún Dorado al que sorprender —le tuve que decir a Averly en una ocasión cuando, al cumplir doce años, pusieron espadas de buen acero en nuestras manos por primera vez. Hasta entonces habían sido de madera o espadas viejas y roídas que cedía el ejército para nuestra educación.

Era tan buena que la espada pareció inmediatamente una extensión de su brazo. Yo, en cambio, acabé con más de un moretón en la espalda y en los costados aquel día. Me costó habituarme mucho más que a ella.

—¡Tienes que hacerlo como si lo hubiera! —Averly señaló con la espada al fornido panadero entrado en años—. Piensa que ese señor es un dios.

Me lo quedé mirando, intentándomelo imaginar con, al menos, el mandil limpio y no lleno de aceite y harina. Pero incluso así no podía evitar que su desaliñado aspecto y la raja trasera que asomaba por encima de su pantalón (especial-

mente, esto último) me quitaran las ganas de comer pan las próximas semanas en lugar de crearme la presión de una presencia divina.

—No lo veo...

—Pues seguirás perdiendo. —Me dio otro golpe sin piedad.

—¡Eh! —me quejé, y contraataqué, pero mi estocada se quedó a medio camino de su estómago y yo acabé en el suelo—. ¿Crees que los veremos algún día? —le pregunté aún en el suelo.

—¡No os distraigáis! —me amonestó Hasnet, invitándome a ponerme en pie de inmediato con fuertes movimientos de manos.

Averly me ayudó a levantarme entre risas.

—¿A qué te refieres? —me preguntó mi amiga.

—A los dioses. ¿Los veremos?

—¡Pues claro que sí! En la Expiación de los Pecados, ton-ta. —Me ayudó a limpiar todo el polvo que se quedó pegado por todas partes en mi pantalón.

—Veremos a los Dorados —puntualicé.

—Dioses, Dorados, reyes... Es lo mismo. —Me miró con la misma ceja enarcada de siempre, advirtiéndome de que cerrase la boca que durante toda mi vida he mostrado tener—. Ya lo sabes.

¿*Lo son?*, pensé desviando mi mirada al panadero por última vez, preguntándome si realmente nuestros dioses tendrían un aspecto tan humano como el suyo. Si serían iguales a nosotros o, por el contrario, irradiarían tal divinidad que mis dudas con respecto a su origen sagrado quedarían aplastadas de una sentada.

Hoy, de camino a la Expiación de los Pecados, es el día en el que responderé a la pregunta que llevo siete años haciéndome.

—No es justo —le susurro a Averly.

—¿El qué?

—A ti te queda mucho mejor.

Ella intenta no reírse, pero sabe que está despampanante. Su tez oscura hace un hermoso contraste con el vestido blanco, y lleva su abultado pelo negro recogido en unas tren-citas que descienden hasta su espalda y despejan su cara para dejar a la vista sus profundos ojos azabache.

—Tú tampoco vas mal, pero desde luego el blanco no es tu color, te empalidece aún más. —Me guiña un ojo. Sabe lo muchísimo que lo desprecio, cuántísimo me he negado a llevar nada blanco toda mi vida hasta que llegara este momento—. Hay colores que te sentarán mejor.

De una manera extraña, me alivia que hable en futuro, me hace pensar que sobreviviremos a esto.

Tenemos que sobrevivir a esto, me reafirmo, esperanzada.

Averly siempre dice que el dorado es mi color, a con-junto con mis ojos ámbar, que hacen resaltar mi pálida me-lena.

—Estás destinada a llevarlo —me dice siempre—. Tanto como el blanco.

Espero que tenga razón. Aprieto el látigo en mi mano.

Terminamos de recoger a todos los primogénitos y la muchedumbre blanca se detiene ante los portones que dan a Ülmery, el siguiente nivel del reino, el más alto para los mortales. Va a ser la primera vez que lo veamos y, para mu-chos, la última.

—¡Máscaras! —nos ordena uno de los tutores que nos acompañan hasta las puertas.

Todos cogemos las máscaras que nuestros padres nos han atado en la espalda, a la cintura. Tiro del lazo bordado para deshacerlo y dejarlo caer al suelo mientras me pongo la misma máscara que los demás: blanca, simple, con solo dos agujeros para ver y otros dos más pequeños para respirar.

Los pecados quedarían a la vista de los nobles, pero no los pecadores.

Los portones emiten un profundo crujir de madera. Ma-

dera que está poco acostumbrada a ser movida, pues esos portones se abren escasas veces al año.

No vas a sobrevivir, me ataca de repente mi subconsciente.

No puedo callarlo, me lo dice una y otra vez porque, al contrario que los demás primogénitos, yo sí tengo pecados que expiar, y nadie me los va a perdonar. Ni siquiera los Dorados, las deidades en las que todo el mundo a mi alrededor pone su fe.

Para mí es más complicado. Si deposito mi fe en ellos sé que estoy muerta, pues mis pecados no tienen perdón. Si en cambio me los perdonan, nunca podré creer en ellos, pues significará que no ven todo lo que ocurre en su reino.

Mientras los demás se preparan y toman las posiciones de desfile que nos han asignado, todos piensan en lo que simboliza esta marcha, en la purga que supone para el honor y el nombre de la familia. No se expían los pecados de uno mismo, sino los de la familia entera; con este sacrificio se pide a los Dorados que perdonen los errores cometidos por todo un apellido.

Los elegidos, los primogénitos que logran expiar los pecados de su familia, consiguen que esta ascienda dentro de los subniveles de cada nivel del reino. En cambio, cuando los Dorados no pueden perdonar los pecados de un apellido, su primogénito muere y la familia se ve obligada a quedarse estancada. Las familias de los primeros primogénitos en caer tendrán incluso que descender al siguiente nivel más bajo.

No vas a sobrevivir, me repite mi subconsciente, pues no solo les voy a pedir a los Dorados que perdonen a mi familia, sino también mis propios pecados..., y eso es demasiado pedir.

—¡Que dé comienzo la Expiación de los Pecados!
—anuncia una sacerdotisa subida a un pequeño estrado a un lado de los portones.

Increíble, pienso.

Hacía mucho que no veía a un ihnith, una casta antigua de la Primera Era; más antigua incluso que los humanos. Su vitllo dorado en rostro y manos y sus orejas puntiagudas la delatan. Lleva puesta una preciosa túnica blanca con bordados de mereria, un material tan duro como el acero, pero tan etéreo como el agua. Un gramo de mereria es más valioso que un kilo de oro, pues está solo reservada a los habitantes del nivel inmortal. La mereria es para los inmortales, el oro para los mortales.

Los nobles de Ûlmery vitorean sus palabras y nos reciben con aplausos mientras nosotros nos dejamos empapar por la belleza del nivel al cruzar el portón.

Los edificios están hechos de piedra blanca y color arenisca, procedentes de las Grandes Montañas, las cuales marcan los límites de nuestro reino. Hay un montón de casas contiguas, algunas incluso se apelmazan encima de otras, desde cuyos balcones de cobre nos saludan los ciudadanos.

Lo primero que soy capaz de percibir, más allá de los aplausos, es el sonido del agua. Agua que corre incluso por encima de nuestras cabezas. Y entonces las veo: cascadas finas que caen de un subnivel a otro, a lagos que se llenan con los conductos por los que se desliza.

Los primogénitos de Shuross pueden ponerse a llorar en cualquier momento. Juraría haber escuchado a uno tragar a mi lado. En su nivel el agua es más valiosa que el oro, y aquí la tiran de un subnivel a otro.

Otro sacerdote ihnith nos habla desde uno de los balcones, es capaz de silenciar a todos con solo un movimiento de sus manos pigmentadas en dorado, para decir:

—Que los Dorados, en su infinita misericordia, perdonen los pecados de los primogénitos que este año cumplen veinticinco años bajo su protección. —Tiene las palmas de las manos estiradas hacia abajo, apuntándonos a nosotros—. Que permitan a vuestras familias ascender, y a vosotros con

ellos. —Nos mira con un gesto de falso entendimiento en el rostro.

Ese viejo no entiende nada, pienso. Seguro que no ha bajado jamás de los subniveles más altos de Ülmery.

A los jóvenes nobles de Ülmery no se les exige participar en la Expiación de los Pecados, solo lo hacen aquellos que son ambiciosos y desean seguir ascendiendo para estar lo más cerca posible de los Dorados. Aquellos que aspiran a subir a lo más alto, a llegar a ser inmortales, a compartir mesa eterna con las deidades de los cielos.

Se unen a la marcha algunos de ellos, también vestidos de blanco, con el rostro tapado y un látigo en la mano.

Idiotas.

—¡Así sea! —grita el sacerdote.

—Así sea —repetimos todos los primogénitos al unísono.

Inmediatamente después, los nobles vuelven a vitorear.

Intensifican más sus aclamaciones cuando alzamos nuestros látigos por encima de los hombros y los hacemos estrellar, con violencia, por primera vez, contra nuestras espaldas.

Escucho a Averly reprimir un quejido. Después otro y otro, hasta que nuestras espaldas se adormecen por el dolor y se hace ligeramente más llevadero. Subimos la calle principal entre ovaciones, como si estuviéramos haciendo lo correcto, como si cumplir la voluntad de los Dorados fuera lo único que importara.

Incluso las mejores telas, las de los primogénitos de Ülmery, se empiezan a rajar y a teñir de sangre. El blanco se va convirtiendo en rojo y comienzan a caer al suelo los primeros primogénitos.

Yo sigo andando, y casi me duele más tener que sor-tear el cuerpo de un muchacho que balbucea en el suelo con la carne desgarrada que los golpes que yo misma me propino.

El entrenamiento que recibimos durante toda nuestra vida es importante, *muy* importante, y los de Shuross apenas

tienen comida o recursos, por lo que recibir un buen entrenamiento es prácticamente imposible. No tienen aguante. Van cayendo poco a poco.

—¡Es una carrera de fondo! —nos dijo una vez nuestra tutora con un dedo en la sien, entornando sus ojos mientras nos miraba—. Una carrera mental, una en la que tendréis que ser capaces de dar los latigazos más certeros —por «certeros» se refería a mortales— sin llegar a perder el conocimiento hasta cumplir con vuestro objetivo.

Y desde entonces, en constantes entrenamientos, nos expuso a diferentes situaciones en las que nos exigía mantener la serenidad mientras nos infligía dolor de las más variadas formas: clavándonos pinchos en las articulaciones para solo profundizar más la punzada si gritábamos, haciéndonos soportar pesos inimaginables a la espalda hasta que a alguno se le rompía una rodilla, obligándonos a caminar sobre brasas y a permanecer en ellas si corríamos...

Mis padres lo llaman «educación primogénita», a mí «torturas constantes que nos recuerdan el destino de mierda que nos ha tocado» me gusta más.

Mi hermana vino a un entrenamiento primogénito en una ocasión junto con el resto de los segundos y terceros hijos de nuestra generación. Siempre lo hacen, sus tutores los obligan a ver nuestra desgracia para que ellos sepan valorar más el papel que les ha tocado jugar en este reino.

Para entonces, Rheanne ya me había vendado muchas articulaciones y limpiado una cantidad indeseada de heridas, pero aquel día se rompió algo en ella del mismo modo en que la vara de madera de otro primogénito se rompió en mi pómulo al estrellarla contra mi cara.

—No deberíais vivir así —me dijo aquella noche en la bañera, pasándome la esponja por la espalda tras haberme desinfectado los cortes—. No creo siquiera que a eso se le pueda llamar vivir.

Noté que sus manos estaban frías a pesar de tenerlas metidas en el agua tibia de mi bañera. Me giré para quedar cara a cara con ella y ofrecerle la única sonrisa que era capaz de encontrar en mi repertorio.

Yo tampoco lo creía, pero ¿de qué serviría ponerlo en duda? Todos los segundos y terceros nacidos daban las gracias al primogénito y seguían con sus vidas tras la Expiación de los Pecados como si jamás hubieran tenido un hermano mayor.

Los primogénitos somos la pequeña brizna de aire que ayuda a la flor a expandirse; luego, esta es capaz de crecer por sí sola. Tanto como nuestro reino sigue adelante sin importar la sangre que derramamos.

—En el momento en el que di mi primer aliento mi destino quedó sellado, Rheanne. —Le agarré la mano—. Eres tú quien vivirá por las dos. —Lo dije como si imaginarme enterrada a metros bajo tierra no me hubiera dado ganas de vomitar. Lo dije tan naturalmente como las costumbres religiosas dictan que hay que hacerlo, como nuestras creencias dejan marcada nuestra ideología antes incluso de que esta se forme.

—No debería ser así.

—Lo sé.

Lo sé... Lo sé..., pero ya no hay nada que pueda hacer al respecto. Vuelvo a estrellar el látigo contra mi espalda.

La resistencia física es lo único en lo que nos podemos apoyar al subir esta cuesta mientras los látigos siguen azotándonos. También podemos apoyarnos en la fe, según mi tutora, pero yo muchas veces dudo si la tengo, por lo que pedirles ahora a los Dorados que me dejen llegar hasta el final, cuando en ocasiones me pregunto si realmente existen, sería un poco hipócrita. Así que no le pido nada a nadie, simplemente sigo apretando el puño izquierdo para aguantar el dolor que recorre mi cuerpo entero a cada nuevo golpe.

A media calle, mi látigo está tan lleno de sangre que gotea hasta el mango y me da miedo que se me resbale de entre los dedos. No puedo parar, tampoco disminuir la fuerza de mis latigazos, pues al final solo veinticinco serán elegidos... y somos alrededor de cien.

—Cuanta más sangre vean, cuanto menos blanco quede vuestro traje al llegar a lo más alto de Ælmery, mejor —nos decía siempre nuestra tutora—. Más se considerará que habéis expiado vuestros pecados.

Cuando veo que la sangre comienza a teñir incluso los hombros, los brazos y la parte delantera del cuello de mi vestido, suspiro animada.

Sigue, sigue, llega un momento en el que me veo obligada a ordenármelo mentalmente, pues el látigo ya llega a músculos en algunas partes de la espalda y mi cuerpo me pide parar.

Pero sigo. Y no por mí, yo podría haber vivido toda la vida siendo una pecadora. Ni siquiera por mis padres o mi apellido. Lo hago por mi hermana, ella no se merece descender de nivel; así que sigo dándome fuerte, permitiendo incluso que la punta del látigo me dé en los muslos delanteros cuando lo echo hacia delante, para que ella pueda tener una vida mejor que la mía.

Cuando llegamos al último tramo de la calle, veo la primera piedra estrellarse contra la cabeza del primogénito que tengo delante.

Nos lo habían advertido, nos habían preparado para la lluvia de piedras doradas, pero cuando veo cómo esa piedra abre una brecha en la cabeza del primogénito, entiendo que tolero muchísimo mejor mi propia sangre que la de los demás. La suya me parece demasiada cuando cae al suelo y yo tengo que sortearlo.

Más piedras caen sobre nosotros, tiradas por la gente de los balcones, nobles privilegiados que han conseguido los mejores sitios para presenciar la Expiación de los Pecados.

Nobles que, supuestamente, dejan caer esas piedras sobre la muchedumbre blanca para que los Dorados obren su voluntad y caigan sobre quienes ellos consideren *indignos*.

A mí solo me parecen rocas cogidas de la cantera de las montañas, recubiertas con pintura dorada, tiradas por una multitud de cabrones por pura diversión.

Pero sigo el juego, sigo la rueda que supone una ley como la que nos gobierna, sigo azotándome en la espalda con el látigo.

Me fijo en los blasones que adornan las calles. Su fondo blanco me hace recordar mi vestido. Ese color que representa la pureza que los Dorados buscan. Aunque el mío ya es más rojo que blanco.

Jadeando, me detengo a ver el medio sol dorado con finos y elegantes rayos que dan color al blasón. Exactamente cinco rayos, en honor a los cinco Dorados.

Seguro que con mayor luz lucirían mucho más, me distraigo.

Necesito pensar en cosas que me den fuerza y me ayuden a olvidarme de lo mucho que me flaquean las piernas.

El semicírculo que forma el sol encierra una gota de agua y una pequeña flor debajo de él. Para tener siempre presente que la lluvia es gracias a su voluntad y que la flor se mantiene viva gracias a ellos..., *si no se marchitaría*, cito, como si mi tutora estuviese delante de mí esperando que recitase las palabras de agradecimiento. *Si no moriríamos*, me corrijo.

Bajo la mirada y encuentro el final de la calle.

Cuando, tras doblar una esquina, podemos ver el templo, con sus paredes de mármol blanco y sus estatuas de los animales sagrados bañadas en oro, Averly y yo nos recomparamos con una mirada cómplice.

Ella lleva el vestido blanco casi tan empapado en sangre como el mío.

Estamos cerca, pienso. Lo vamos a lograr.

Pero entonces los Dorados deciden que no soy digna de

ello y una piedra me da en la cabeza. Averly detiene sus latigazos un segundo mientras me mira, horrorizada. Yo noto un chorro caliente cayéndome por la sien derecha... y me caigo al suelo.